

Lección 14

31 de marzo de 1965

Me propongo que, en algún lugar, una parte de lo que intento desarrollar ante ustedes este año, y que será actualizado en el seminario cerrado, no quede en esa especie de suspenso académico en que quedan a menudo las cosas en los debates de las sociedades científicas, que así se llaman en el psicoanálisis. Para decirlo todo, prefiero que tengamos la sensación, por lo menos al comienzo, de consagrar tal vez demasiado tiempo a cavar un mismo tema. Prefiero caer en esa falla, en ese inconveniente, que en el inconveniente contrario, es decir, que se tenga la sensación de que lo único que se ha sacado son preguntas pendientes.

Sobre el tema del informe de Leclaire, que estará también hoy a la orden del día, tal vez puedan tener la impresión, al irse, de cosas aún imprecisas o de un dilema no resuelto o no colmado. Pienso poder encargarme, más tarde, de ofrecer un cierre a lo que se haya planteado como pregunta. Para decirlo todo, quiero que la pregunta se desarrolle, y en un sentido distante de esta cosa con que nos encontramos en el camino: originalidades. En caso contrario, nadie habría conocido qué testimonio podría dar la pregunta de lo que estamos en capacidad de escuchar aquí. Lo que se totaliza a diversos niveles son beneficios. Lo esencial es la articulación de la pregunta. Por supuesto, las personas que se descubren de esa manera aportan aquí elementos preciosos. Exactamente, hay cosas que sólo pueden ser dichas con toda su precisión en la medida en que se elaboren aquí ciertas preguntas en respuesta. Creo que lo que sigue del curso que les hago este año sólo puede en realidad alimentarse con la manera como se abren aquí las preguntas, al nivel de las dificultades que plantean, digamos, no necesariamente a cada cual sino a más de uno. Esa puede ser ocasión para precisiones a un nivel mucho mayor que el que puedo lograr en primera intención.

Señalo que, no estando todo precisado ni a punto, hay personas que, el martes pasado, es decir, lo intentaron la víspera del seminario cerrado y no encontraron ni el informe de Leclaire ni el informe de Jacques-Alain Miller en la calle de Varenne. Allá están desde el miércoles pasado por la mañana. Todavía pueden conseguirlos y adquirirlos. Creo que ahora tiene usted algo que decir, Leclaire ¿de una vez?

Serge Leclaire- Creo que lo mejor para continuar la discusión es dar una vez más la palabra a un cierto número de personas que han manifestado el deseo de tomarla. Yo también deseo tomar la palabra, no precisamente para responder sino para participar en la discusión. En ese momento veremos, en el punto en que estemos, si surgen otras intervenciones no preparadas.

Entonces, Safouan pidió hacer algunos comentarios. Le doy enseguida la palabra.

Moustapha Safouan- Le pedí la palabra al señor Lacan porque la última vez escuchamos muchas cosas que eran justas pero también escuchamos algunas propuestas que eran francamente falsas, de manera que sería inútil proseguir esta discusión si no sacamos en claro el error de partida.

Por ejemplo, se nos dijo que la barrera que separa consciente e inconsciente es la barrera

del incesto. Me pregunto de dónde se sacó eso. Tal vez se tuvo la tentación de hacer una especie de teoría generalizada. Ahí están el psicoanálisis y la antropología [...]. Está bien, con tal de que se sepa lo que se hace. Pero para empezar, ¿qué quiere decir eso? Eso quiere decir que la barrera que separa el sistema consciente y el sistema psíquico del inconsciente es la misma que se erige entre el niño y su madre para impedirle acostarse con ella. Tal vez fuerzo un poco las cosas... bueno, que me den otra definición del incesto.

Se me dirá que él no necesita ir a acostarse realmente con ella y que basta con que lo imagine para que esté ahí, en el incesto. Muy bien, pero si las categorías del señor Lacan están ahí para venir en nuestra ayuda, aún falta preguntarse si no hay en eso un abuso. Porque, lo que sucede en ese caso es que uno está obligado a utilizarlo aún más y se dice que él se lo imagina, pero invisiblemente. Es correcto, en su conjunto. Digo en su conjunto porque en ocasiones sucede también que el sujeto se vea, por ejemplo, al fondo de un corredor, en un atolladero. Ya se sabe lo que le sucede... lo que no deja de sucederle.

Pero bueno, si él se ve invisiblemente y sin saberlo, no deja de plantearse el asunto con mucha más insistencia, a saber, ¿qué lleva pues al sujeto a salir de ese aislamiento? Una vez más ¿cómo llega a sospechar que él está ahí, sin saberlo, aún cuando lo haya olvidado completamente? Aquí, la experiencia psicoanalítica no deja duda alguna sobre la conclusión: es exactamente en la medida en que algo de la barrera del incesto se mantiene en su lugar, es decir, en la medida en que el *Nombre del padre* conserva aún para el sujeto algún sentido, y dije el *Nombre del padre* porque sabemos que en lo que concierne al padre real, es decir, al padre en su irreductible referencia a la posición del niño, ese padre, ya está muerto desde hace tiempo tal como el sujeto lo quiere. Entonces, es en la medida en que el *Nombre del padre* conserva algún sentido para el sujeto, que algo justamente puede llegar del inconsciente y abre paso hacia la conciencia.

Si se pudo plantear la idea contraria, la exactamente opuesta, como ustedes ven, tal vez es porque se ha operado sobre una frase como ésta: "la ley no afecta únicamente al deseo; también a su verdad". Tal vez fue una frase que se dijo, que se escribió en alguna parte, pero jamás he escuchado que el señor Lacan la haya dicho así. Y aún cuando la hubiera dicho, no habría sido difícil ver qué entiende él con eso. Aquí, Ley no designa seguramente la condición del incesto; aquí, Ley designa la censura o más precisamente aún, la Ley del Otro, la ley de la autoridad del Otro. Como lo dice el señor Lacan, esta autoridad es esa autoridad oscura que le confiere al otro ese primer decir y que le da a sus palabras su valor de oráculo. En resumen, lejos de ser lo que afecta la verdad del deseo, la Ley, la moral del padre, es justamente lo único que rige la verdad.

Otra propuesta que no se dijo aquí y sobre la que es igualmente importante tomar posición porque es necesario aclarar de qué se trata en el material que nos trae Leclair, tanto más cuanto que es el mismo Leclair el autor de esta propuesta, a saber, que el psicoanálisis y la experiencia psicoanalítica deberían llevar al sujeto hacia lo siguiente: hacia algo que sería como una transgresión, o vivida como transgresión (de paso les digo que es exactamente lo mismo pero todo está ahí): hacia un encuentro incestuoso. Pienso que ahí tampoco hay duda posible sobre la conclusión que nos impone la experiencia psicoanalítica, a saber, que si el sujeto durante la experiencia psicoanalítica debe ser llevado a realizar alguna transgresión, se trataría justamente de la transgresión de la tentación permanente de la transgresión. [...] transgredir justamente. No tenemos que conducir al sujeto hacia un encuentro incestuoso por la simple razón de que cuando viene a nuestro encuentro, ya viene

con ese encuentro [...].

No hay que olvidar que mientras haya un análisis, tenemos que vérnoslas justamente con Edipos fallidos, fracasados. No tenemos que conducir al sujeto a franquear los límites o a imaginarse que él sobrepasa los límites, porque ¿qué otra cosa hace en su imaginación? Justamente lo conducimos a lo siguiente: a palpar que hay un límite que, en ningún caso, debería ser franqueado.

Lo que [...] al final de un análisis, es la figura paterna, la figura paterna tal como opera en el complejo, es decir, la falta, tal como se manifiesta en un sujeto de sexo masculino en forma de una amenaza de castración, y en un sujeto femenino en forma de envidia del pene, lo cual nada tiene que ver con la demanda del pene. En otras palabras, el reconocimiento por parte de uno de estos de que no podría hacer uso de su falo salvo si lo somete a una jurisdicción precisa aún cuando no sea escrita, y la extirpación en el otro, quiero decir en el analizado de sexo femenino, de toda identificación con la madre en tanto omnipotencia.

Ahora que se han afirmado o reafirmado esas evidencias, puedo pasar al material que nos aporta Leclair. Primero que todo, ese “POOR (d) j’e-LI” no es un fantasma. Aquí concuerdo con la opinión de Oury, a saber, que ahí hay algo que está más cerca de aquello con lo cual el sujeto se fantasmaliza que del fantasma mismo. Más precisamente, yo diría que el fantasma no está en “POOR (d) j’e-LI”; está en el hecho de que el sujeto, al balbucearlo, se nombra. Demos un pasito de más: se nombra sobre fondo de un “él no sabe”. Y justamente, ese “él no sabe” es lo que por mi parte yo consideraré como el fantasma fundamental del sujeto; quiero decir que todos los fantasmas se alimentan al abrigo de ese “él no sabe” [...].

Ahora bien, en ese fantasma la señorita Mondzain no dejó de ubicar, con una perspicacia en verdad admirable, la transgresión que se urdía. ¿Y qué quiere decir esto? Quiere decir que uno no puede tomar tal idea del señor Lacan y desechar la otra. Con eso quiero decir que, por ejemplo, las tesis del señor Lacan sobre el nombre propio pueden verificarse en todos los casos a través de la experiencia psicoanalítica, esto es, que no hay en verdad un análisis en que el sujeto se vea conducido hasta ese punto radical en que su deseo resulte seriamente interrogado, sin que aparezca en primer plano del análisis el nombre propio, y más precisamente la relación del sujeto con el nombre propio, como en un punto donde puede postergarse aún por un tiempo su deseo ante esa vacilación radical que sólo el psicoanálisis puede provocar, y que en efecto provoca.

¿Qué sucede ahora? Lo que sucede es que a veces escuchamos comentarios como éste; cito: “En el fondo, el nombre, es eso: el nombre propio. El nombre es siempre el nombre de alguien o de algo diferente, es el nombre del padre o apellido, o también el apellido del marido, pero mi nombre propio es mi verdadero nombre, es ahí donde soy en verdad”. ¿Y qué significan comentarios tan desesperadamente ingenuos, aún cuando tengan el mérito de fluir naturalmente, quiero decir, de aparecer como por primera vez? Esto significa que la falta de donde el sujeto extrae lo que se llama su unaridad, de esa falta el sujeto se asegura o cree asegurarse sobre fondo de algo que ha sido reconocido siempre por todos los psicoanalistas serios como la realidad psíquica de lo unario, y que se llama el odio del padre.

Y sólo cuando se ha franqueado este límite, podemos empezar a plantear preguntas que sean de verdad interesantes. Por ejemplo, llamamos a la posición [...] como la posición

llamada de castración primordial que en ocasiones también calificamos como imaginaria, aunque a veces se olvide, o se tienda a olvidar que, por muy imaginaria, de suyo esta castración es claramente operante, es decir, que desposee al sujeto, le arrebatada nada menos que su carne. Pero bueno, se dice que eso es una castración primordial, y reconocemos que mientras esté anclado a esta posición, no puede decirse que el sujeto tenga algún deseo. Entonces, ¿qué es lo que funda el deseo? Respondemos que es la Ley, pero que la funda en un vínculo indisoluble con la castración. De ahí la pregunta ¿qué quiere decir eso? ¿Acaso la posición [...] se vuelve a hallar necesariamente en las relaciones entre los sexos? Para expresarme en términos más precisos y que tomo prestados del señor Lacan, ¿qué significa llegar a ser acreedor o acreedora en el gran libro de la deuda, luego de haber sido deudor? Más precisamente aún ¿qué pasa con [$\text{yo } \{je\}$ o $-\phi?$] en esta operación? ¿En qué se convierte el deseo del analista en la ruina del bien supremo? Y si el deseo del analista, como lo dijo el señor Lacan, seguro y con certeza, es un deseo de diferencia máxima, ¿diferencia entre qué y qué?

Estas preguntas no las planteo con un interés especulativo teórico, menos aún porque me dá por interesarme, así no más, sino por razones que claramente son [...], lo cual no le quita nada a su carácter inaplazable. Por ejemplo, sucede en ocasiones, es un ejemplo entre muchos otros, que tengamos que ocuparnos por ejemplo de una paciente anclada en la llamada posición de reivindicación masculina, y a veces sucede, con tal paciente en particular, que nos damos cuenta de que ésta, esta paciente, organiza toda su posición apostándole a la certidumbre de que no hay un hombre que pueda conocer a una mujer sin experimentar cierta angustia. Es cierto que es una certidumbre que tiene algo de fundamento (si no, ¿cómo habría llegado a plantearla?), lo cual no quita que es una certidumbre claramente falaz, y es importante saber en qué sentido lo es y en qué se funda, para que podamos ubicar la estrategia que conviene adoptar frente a esta paciente.

Por lo demás, se entiende que no lanzo esas preguntas como muchos desafíos. No son preguntas sin respuesta posible; en verdad, me parecen perfectamente resolubles y hasta ya resueltas. No son ciertamente ni las más difíciles ni las más interesantes. Todo lo que quería decir con esto, es que ya es hora... es hora, si queremos que salga algo de este seminario diferente al aburrimiento, es hora de que empecemos a interrogar la enseñanza de Lacan desde un punto un poco más avanzado que el que hasta ahora hemos sostenido. Es todo.

Serge Leclair- Me permitiré responder enseguida a Safouan sobre aspectos marginales por supuesto y haré uso del mismo tono de libertad, y tal vez un tanto incisivo, que él mismo usó. Le diré que, en mi opinión, más grave aún que las certidumbres falaces que evocaba respecto a su paciente, me parecen las certidumbres garantizadas. Me parece que en todo su discurso hay algo como una referencia apasionada a una dimensión que sería la de la ortodoxia; entiéndase ortodoxia lacaniana. Estoy porque se interroge por fin la enseñanza de Lacan, pero este interrogar no supone de entrada ninguna ortodoxia.

De hecho, todo en el discurso de Safouan está marcado por el problema fundamental de la relación con la Ley. Y lo que me parece ser su característica, es sobre todo una manera de situarse respecto a la Ley, colocando de entrada a su interlocutor como estando en falta; no importa qué diga, lo que dice es falso, dice una estupidez, si no una burrada. En efecto él sitúa esto de entrada respecto a la Ley. De esta manera, cuando interroga o cuestiona esta proposición, nos hallamos muy del lado de las formulaciones freudianas, a saber, que la barrera del incesto se acerca, es casi equivalente, a la barrera de la represión. Yo pienso que

no basta con invocar la Ley para rechazar esta posición como siendo falsa. Yo sé que este es uno de los ejes del seminario que sostiene Stein desde hace rato, y yo quisiera, ya que en este caso Major ha sido cuestionado, que responda, si se le antoja, de una manera tal vez más precisa, sobre esta pregunta particular de Safouan.

Yo fui particularmente cuestionado sobre otro tema, que también resulta estar relacionado con el asunto de la transgresión. No pienso haberlo introducido en el documento que expuse aquí, pero se trata de algo que fue dicho en otra parte. Soy atrapado en flagrante delito de falta. Por supuesto, no es difícil, puesto que Safouan se funda en lo que escuchó; no tiene mi texto. Yo no dije lo que él informó, a saber, que el análisis es vivido como una transgresión, o que debe ser vivido como una transgresión o que debe realizarse una transgresión. Lo que dije es que en el análisis, y respecto al análisis, se planteaba el asunto de las relaciones entre la perspectiva analítica, una cierta perspectiva analítica, a saber, la búsqueda de un punto singular, de un punto irreductible, de un punto de origen, el recuerdo olvidado, el punto focal del origen, que se planteaba la pregunta de la relación entre esta concepción, digamos, del análisis, o ese fantasma sobre el análisis, y por otra parte, la significación del incesto. Y yo precisaba claramente el cuestionamiento concreto de algo que representa el punto de origen del incesto, no en su contexto dramático, sino en su realidad esencial. Es el asunto de la relación entre ese proceso del análisis y la realidad del incesto que yo había planteado. En efecto, tal vez el hecho de plantearla pueda ser vivido como una transgresión.

Sobre el asunto del fantasma (volveré sobre esto más tarde) ya dije la última vez que, respecto a una ortodoxia, convenía tal vez, o tal vez se acostumbraba considerar el fantasma como algo diferente a esta fórmula, pero esto nos llevaría, creo yo, a retomar todo el asunto de una definición ortodoxa del fantasma. En últimas, más vale, creo yo, en el punto en que nos hallamos, tratar de encontrar otros y de examinar otros, fantasmas, al nivel de la práctica analítica.

Sé bien que no respondí del todo a Safouan. ¿Tiene Major algo que decir?

René Major- Se asimila la barrera del incesto a la barrera de la represión, en la medida en que la barrera de la represión es constitutiva de lo inconsciente. Esa es una analogía de estructura que debe situarse en un nivel muy diferente a aquel al que alude Safouan [...].

Serge Leclaire- En lo que me concierne, no tengo intención alguna de cerrar la discusión; sin embargo, me gustaría que avanzara. Le solicito entonces a Mannoni que tome la palabra.

Jacques Lacan- Preciso sin embargo que lo que Safouan dijo es que gracias a la barrera del incesto se producía el retorno de lo reprimido.

Octave Mannoni- Lamento ser presentado de esta manera porque temo no hacer avanzar la discusión. Muy al contrario, me parece que Safouan la había llevado hasta un nivel muy elevado ¡y ahora vamos a volver a descender!

[...] excusas; ingenuamente creía sin haber mirado mi calendario, creí durante algún tiempo que era para el seminario cerrado del mes de abril. Entonces, lo que hice es un tanto atropellado.

Yo habría querido examinar el pasaje, que me pareció un tanto rápido para mí, de la intervención de Leclaire, donde expone el no-sentido del fantasma fundamental, en el

sentido de sus traducciones en lengua. Es cierto que él no dice exactamente sentido, habla de una cierta comprensión analítica que, creo que a su entender es una incompreensión. Me parece que ahí queda planteado un nudo de problemas de la mayor importancia. Puesto que se atuvo a las más estrictas formulaciones freudianas, hay que acordarle en efecto que los procesos primarios siempre están operando tras los procesos secundarios, pero me parece difícil negar, siempre en la topología freudiana, que “POOR (d) j’e-LI” sea justamente una producción secundaria donde se reconoce el efecto de los procesos primarios. Nos dice él que las críticas que no hace mucho le habían dirigido, concernían a ese punto, críticas que de hecho no conozco; pero en mi opinión, responder a tales críticas no es forzosamente aceptar su demanda, así como pronto se le pedirá a un astronauta que regrese con una muestra mineralógica de la Luna. No le podemos pedir que nos dé, así, el elemento de lo inconsciente, jamás obtendremos lo que podremos leer al respecto en las estructuras de lo secundario, justamente en la medida en que lo secundario está sometido al efecto de lo primario.

Me parece que el sentido y el no sentido se encuentran, en cierta forma, en lo secundario, mientras nos atengamos a la terminología freudiana, y no veo otro lugar en que se pueda captar ni lo uno ni lo otro. Salvo que, el pasaje en que Leclair trata este asunto es más elusivo que alusivo. Discutirlo equivaldría a oponer una manera de ver a su manera de ver, una manera diferente, lo cual carece entonces de interés. Me abstendré entonces (por lo menos hasta mi conclusión, cuando regresaré sobre la pregunta), me abstendré entonces, con la segura esperanza de que ese problema va a ser retomado, de hecho ya ocurrió, de una manera menos sucinta, y voy a tomar un camino totalmente diferente, girando muy libremente, demasiado libremente, en torno al asunto del nombre propio, un tanto a la aventura, con la idea de volver a hallar tal o cual comentario que, muy indirectamente, pudiera relacionarse con lo que nos expuso Leclair.

Creo que nada tenemos que esperar de la sociología ni de la etnología, salvo cómodos ejemplos, a veces. El nombre propio, tal como nos interesa, es tanto Toto como Gaetano de Romorantín. Lo que en nuestra sociedad se llama patronímico, en el fondo no es el nombre del padre. El padre de Jean Dupont no se llama Dupont, se llama por ejemplo Paul Dupont, y hay países, ya que hablé de etnología, hay países como Madagascar, donde, cuando nace Lacoute, su padre puede cambiar de nombre y llamarse en adelante Padre de Lacoute. Entonces, Padre de Lacoute es el nombre del padre, de la manera más simple. El uso sistemático de un apellido y de un nombre propio es un accidente histórico limitado, reciente, y su estudio, creo, no nos conduciría hacia nada que resulte muy interesante para nosotros.

Sobre lo que Leclair llamó la irreductibilidad del nombre propio, tal vez podría aportar una especie de aclaración indirecta contando una experiencia personal, que tiene la ventaja de ser totalmente artificial y casi axiomática. Es una experiencia que ha tenido mucha gente, pero tal vez no sobre bases tan claras. Yo necesitaba inventar nombres propios para los personajes de un libro que estaba escribiendo y que fue publicado en 1951⁹⁸⁻⁹⁹. Como un nombre propio es sólo una serie de fonemas, se podía tomar una serie de sílabas en cualquier sentido. Ese libro fue escrito en 1949, en una época en que no se había formulado aún la teoría lacaniana del significante.

La mayoría de los nombres del libro se fabricaron así, pero no todos, porque algunos me llegaron como espontáneamente. En cuanto a los demás, ya olvidé completamente las frases

sin importancia de donde los saqué, me parece que eso se hacía bastante rápido, y tal vez había más complicaciones ocultas de las que me daba cuenta. De eso no podría decir nada; pero en cuanto a uno de esos nombres propios, recuerdo muy bien el detalle de su fabricación, lo tomé de lo que creía ser un verso de la canción de Marlboroughⁱ, a decir verdad es una cita inexacta, pero para el uso que le iba a dar, eso no tenía importancia alguna, y ya había hecho uso de frases probablemente más descocadas. Ese verso inexacto es “*ensuite venait son page* [luego venía su paje]”. Se podía tomar por ejemplo *te venait* agregándole un *th*, lo cual produce un hermoso nombre propio. Tan bonito que hasta dan ganas de buscarlo en el directorio telefónico. Ahora bien, en medio de los Thévenin, Thévenot, se encuentra, sólo para París, treinta y ocho Thévenait. Al descubrir eso, tuve la impresión de que yo competía demasiado con el estado civil, o más bien que el estado civil me hacía mucha competencia a mí, y renuncié enseguida a la fabricación. Tenía que tomar entonces las sílabas siguientes, lo que daba *venait son*. Venaïsson es también un bonito nombre y si se busca en el directorio, no hay señal de Venaïsson. Ni siquiera un nombre que se le parezca un poquito. Es perfecto entonces. Se adoptó entonces el nombre de Venaïsson.

Yo no me pregunto qué razones, que se me escapan, me llevaron a escoger Marlborough. Veo bien que Venaïsson es el único personaje del que relaté su muerte y el único del que podría decirse, en rigor, que tenía un paje, pero bueno, sólo ahora me doy cuenta. De hecho, habría olvidado todo esto si, unos meses más tarde, no hubiese entrado en una leve crisis que es la que voy a relatar.

Acabado el manuscrito, iba a llevárselo al editor cuando bruscamente me percaté de la existencia de un crítico cuya inteligencia y humor me gustaban mucho y que firmaba algunos de sus artículos con un seudónimo que se parecía enormemente a Venaïsson. Como ese seudónimo es muy conocido, y como estoy diciendo demasiado de esto esperando no ocultar nada ahora, mejor enunciar ese seudónimo: se trata de Gabriel Venaïssin. Quedé aterrorizado al descubrir esto; me parecía que si había llamado a mi personaje Dubois, ninguno de los Dubois de la tierra habría podido decir nada, pero la concordancia tan cercana de dos nombres más que raros, singulares, ausentes en los directorios, me parecía imposible de admitir. Había que cambiar el nombre de Venaïsson. Me puse a hacerlo, haciendo uso de los mismos métodos y, naturalmente, ya no recuerdo nada de los numerosos nombres sustitutos que fabriqué. Pero, y ahí está el hecho oscuro que sólo podía constatar, no podía cambiar el nombre de Venaïsson. Me parecía que se llamaba Venaïsson y que no era mi culpa, y que yo no tenía nada que ver. Él defendía su nombre como Sosías ante Mercurio. Yo sabía que era yo quien se lo había dado, pero él me respondía, por así decirlo, como Sosías, que siempre lo había llevado. Me vi obligado a dejárselo.

Como esta experiencia adquirió forma de anécdota, agregaré que Gabriel Venaïssin publicó una crítica extremadamente elogiosa sobre mi libro, pero no la firmó Venaïssin; la firmó con su verdadero nombre. Para la época, no me sorprendió, Venaïssin era un seudónimo, un alias que no podía sostenerse ante Venaïsson porque, a su manera, Venaïsson era el verdadero nombre de mi personaje. Curiosa historia. Me parece instructiva, aunque no veo bien sobre qué quiere instruirnos.

ⁱ La canción de Marlborough es la canción de Mambrú. Cfr. Nerval, *Histoire de l'abbé de Bucquoy*: “El príncipe Eugenio triunfaba en Alemania, Marlborough en el Norte... El pueblo francés, sin poder hacer más, se vengaba con una canción”. [N. de T. tomada de Michel Roussan]

Evidentemente, el nombre de Venaïsson no tiene sentido en sí mismo. ¿Tiene un significado? Seguramente, pero en una cédula de ciudadanía hay una fotografía, huellas digitales, o señales particulares, o la firma del portador que a su manera es también fisionómica, sin lo cual la cédula de ciudadanía sería una tarjeta de visita. Necesita también, lo cual no es menos importante, el sello de las autoridades competentesⁱⁱ. Venaïsson no tenía nada de eso. Fabriqué los elementos más simples de una personalidad, una serie de fonemas que no bastaban en sí mismos, y lo que se decía de una persona imaginaria, a esta serie de fonemas, era atribuido por mí. El hecho es que esta construcción tan simple bastaba para hacer aparecer, en la subjetividad (en este caso, evidentemente en la mía), una forma no despreciable de la poderosa adherencia de esos elementos, si se quiere, algo que se parece a la irreductibilidad del nombre. Ya dije que se trata de lo que amarra el significante al significado. Tal amarre no tiene absolutamente nada de sorprendente. Existe hasta para los nombres comunes y, si me sorprende en el ejemplo arriba citado, es porque yo creía ser allí el amo de la nominación. En un sentido, no lo era.

Veán ahora un ejemplo de amarre del significante con el significado en materia de nombre común. Se trata de un iraní que llegó a Francia hacia los 8 o 9 años y que, ya adulto, descubre de repente retrospectivamente las razones por las cuales rechazaba, cuando llegó a Francia, el café con leche francés. Lo que rechazaba no era el café, era la taza [*bol*]; no lo sabía en esa época. Naturalmente, la palabra *bol* en iraní tiene un sentido diferente: no sólo es la mitad de la palabra *bolbol* que designa al ruiseñor; es también el nombre monosilábico con que se designa el sexo de los muchachitos. Para él, con el viaje a Francia, todas las palabras habían cambiado, con todas las posibilidades de retruécanos bilingües, pero había una que se adhería de manera diferente a las demás, que estaba, como dice [...], arraigada; sólo entre todos, él resistía, en esta situación no obstante tan simple como es un cambio de lengua. Aunque por supuesto no pueda probarlo, estoy seguro de que él habría aceptado el tazón de café si se le hubiera dado un nombre francés para su sexo. Tal vez la traducción debió parecerle demasiado fragmentaria o demasiado parcializada. En el cambio de lengua, él perdía algo.

No sé nada de lo que pudo ser el encuentro Georges/Lili marcado en el fantasma fundamental, pero el hecho de que se trate de nombre de niño y nombre de niña, tal vez tuvo algo que ver con su irreductibilidad. Los nombres propios cambian en ciertas condiciones. Por ejemplo, entre los nobles, con la muerte de los ancestros; entre las mujeres, con el matrimonio o cuando se toman los hábitos, etc. Esos cambios están institucionalizados. Por fuera de toda institución, a veces las histéricas se dan nombres propios que no les pertenecen. [...] la ortografía del que tienen. Cuando Casanova²³, quien se había dado el nombre de Seingalt, fue interrogado por las autoridades de policía sobre las razones que lo llevaron a tomar ese nombre que no era el suyo, respondía indignado que ningún nombre podía pertenecerle más legítimamente, puesto que él era quien lo había inventadoⁱⁱⁱ. Razón equivocada, pero que lo hace parecerse un poco a Venaïsson. Lo interesante es comparar a las autoridades de policía y a Casanova desde el punto de vista de su actitud lingüística espontánea. Para la policía, Seingalt es un alias que tiene por

ⁱⁱ *La police*; en Colombia: la Registraduría, en tanto instancia responsable de la emisión de los documentos de identidad.

ⁱⁱⁱ Giacomo Girolamo Casanova, caballero de Seingalt, *Histoire de ma vie* [Historia de mi vida], París, Robert Laffont, 1993, 1999, t. 2, vol. 8, cap. II, pp. 728-729 y nota; cfr. también el vol. 7, cap. XII, p. 665.

significado Casanova. Su argumentación es:

- 1- Seingalt, es Casanova,
- 2- Casanova, no es Seingalt... De ambos lados hay una falta. Para Casanova, la fórmula es menos clara pero más simple; se enuncia así: Seingalt, soy yo; el significante Casanova puede desaparecer.

No puede uno imaginar sin una especie de vértigo qué pasaría si justamente, el yo, el “soy yo”, si se le diera el mismo nombre a dos gemelos homocigotos que sus mismos padres no pueden ni llamar individualmente ni reconocer. Sin embargo, la homonimia es, en sí misma, soportable. Puede haber, eso ocurre, dos Jean Dupont en la misma familia, en cuyo caso se trata de una homonimia como las hay muchas, que pueden causar errores y *quid pro quo* como los demás; en últimas, nos vemos mucho menos perturbados al encuentro de un homónimo que al encuentro de un sosías.

El sujeto hablante, que sabe que él es Tal por su propio nombre, también se reconoce de otra manera. Dispone, para hablar, de la primera persona del singular. Su nombre lo hala hacia la tercera persona. Hay casos [...] de choque entre esas dos personas. En tanto significante del argot, *¿bibilolo*^{iv} es un nombre propio o un pronombre personal? Intenten ponerlo en vocativo para ver. Tal vez no tenga importancia, un problema puramente gramatical, siendo bibilolo un [...] que designa a un sujeto pero que impone un verbo en tercera persona, yo soy, luego bibilolo es. Pero resultaría bastante notable que allí sólo haya una curiosidad gramatical y que esta manera de hablar no tenga implicaciones subjetivas.

Salto un poco porque... Así (esto fue improvisado tal vez demasiado) el nombre propio está lejos de ser instituido de manera nuclear en una subjetividad, como si se buscara señalar un sujeto, a la manera como Descartes situaba [...]. Ciertamente el nombre marca al sujeto, actúa en él como una provocación, lo hace llegar [...] pero al mismo tiempo lo denuncia, lo objetiva, transforma al sujeto hablante en objeto del que se habla y el “Yo soy Tal” se enfrenta al “Yo soy yo” [...] y se distingue de éste. Ese “Yo soy Tal” sólo le aporta al “¿Qué soy?” una respuesta que se vive como insuficiente, y de ahí la obligación, como se dice, de hacerse un nombre. Obligación para todos y no sólo para los ambiciosos, obligación que todos cumplen con la ayuda de todos, y hasta de la Registraduría, para asegurarse de que su nombre tenga un significado, lo cual siempre está más o menos mal garantizado. Como el joven iraní que estaba mal asegurado del significado de *bol*, que era como un nombre propio parcial, y como Venaïsson quien se había hecho un nombre a medida que yo hablaba de él. De esta manera, yo lo constituía en la única suerte de significado, en su caso muy particular de personaje literario, que podía tener su nombre.

Siempre con la idea de aportar a las preguntas promovidas por Leclair, un esclarecimiento lejano y muy indirecto, tan indirecto que no estaríamos fácilmente seguros de estar hablando de lo mismo, quisiera aportar muy brevemente un fragmento de observación que tiene que ver con el juego de los elementos fonéticos de los nombres propios en un obsesivo. Se trata de un caso bastante serio, al estilo del Hombre de las ratas, pero además severo, un sujeto muy inteligente y abierto, que al principio estaba obsesionado con la idea de que la atracción que tenía por su mujer era de carácter incestuoso, y esto lo atormentaba de una manera en extremo dolorosa. Actualmente, su análisis está en curso. Su vida ha

^{iv} Proveniente posiblemente de *bibi*, *yo*, y *lolo*, leche [N. de T.]

llegado a ser más fácil, pero no sin accidentes sintomáticos como este del que voy a hablar.

Desde hace mucho tiempo tiene un colega, casi un amigo, que llamaremos Lemarchand. Ahora bien, un día cuando miraba descuidadamente en dirección a este Lemarchand pensando en otra cosa, no sabe en qué, se percata bruscamente de que, siendo el apellido de soltera de su mujer Martineau, digamos, los dos apellidos tienen en común la misma sílaba MAR. Cambié el apellido pero no la sílaba. Durante algunos segundos queda aterrorizado, y durante bastante tiempo le queda una oscura inquietud.

Actualmente no tengo manera segura de dar cuenta de ese síntoma. Resulta evidentemente inútil interrogar la sílaba MAR; por decirlo así, está del lado del no sentido de la cosa. Si su colega se hubiera llamado por ejemplo, Artigues o Otineau, estoy seguro de que lo que lo habría remitido a Martineau habría sido la sílaba TI (siempre sin poderlo probar). El análisis en su conjunto me lleva a pensar que en ese síntoma se condensan y desplazan su miedo a la homosexualidad, los efectos de su identificación con una niña y su miedo a la castración; bien podría tomar a su colega por su mujer, la sílaba MAR puede desprenderse, etc. Pero lo más seguro y casi evidente, es que esta sílaba tiene la función de una placa giratoria, y hace pasar del circuito que contiene el significante que remite a su mujer al circuito en que figura el significante que remite a su colega.

Evidentemente no sé nada de esos circuitos en cuanto tales. Se trata netamente de un elemento sintomático, es decir, de algo sobre lo cual, desde el punto de vista de la técnica, no hay que poner un interés demasiado directo. Pero desde el punto de vista de la teoría es otra cosa. Me parece que nos enseña por lo menos que el fonema MAR o cualquier otro fonema que cumpla el mismo papel de placa giratoria, no necesita que se le otorgue ninguna característica de primario. Lo primario ahí es la pura posibilidad de descomposición y de recomposición fonemática, es decir, de metonimia y de metáfora reducidas a los fonemas, con las amputaciones, los contactos prohibidos, las temibles confusiones a las que remiten por medio de lo que podría llamarse el circuito primario, con todo lo que eso implica, y en particular el campo del deseo inconsciente.

Igualmente, podría decirse que los mecanismos primarios se manifiestan como no sentido en un síntoma para el cual se exige, en últimas, un sentido. El hecho de que se trate de un síntoma y no de una simple serie de asociaciones, le da a la cosa, si me atrevo a decir, un carácter de seria oscuridad. Los síntomas en análisis son, aún cuando en la cura convenga no enfrentarlos directamente, algo como lo que en teología son los testigos que se hacen degollar: tan absurdos como auténticos.

Sin adentrarme en ello, sólo puedo dejar totalmente abierta la posibilidad de comparar el estatuto topológico del “POOR (d) j’e-LI” fantasmático con el MAR sintomático. Creo únicamente que una discusión bastante profunda sobre este punto permitiría ver más claramente, ya sea aproximando ambas fórmulas u oponiéndolas radicalmente.

Serge Leclair- Fui seguramente un tanto afirmativo hace un rato, un tanto tajante tal vez, en mi respuesta a Safouan y tal vez no haya subrayado suficientemente, si puedo decirlo, lo que su intervención tenía de pregunta abierta. El mismo Mannoni dijo hace poco que tenía la sensación de que su texto (me pregunto por qué) no planteaba las preguntas a un nivel tan elevado. Después de todo, juzguen ustedes.

Lo que voy a decir, simplemente, es que me gustaría que esas preguntas así planteadas no caigan en el olvido. Sin duda no podemos aquí, por muy cerrado que sea este seminario, es

decir, igualmente vasto sin embargo, elevar las discusiones de una manera tan libre como podría hacerse en efecto en pequeño grupo.

Para volver a la intervención de Safouan, retengo la pregunta que estaba planteada, a saber, la de las relaciones de la Ley con la prohibición del incesto, porque su afirmación no le cambia nada; la pregunta sigue planteada. Yo creo que esa es la que en verdad está planteada y que se puede, por la vía que sea, abordarla para llegar a las formulaciones que él mismo dio. En cuanto a las preguntas que plantea Mannoni, afortunadamente no se dejan (y por eso es que están en verdad abiertas y son preguntas que, creo yo, seguirán insistiendo) no se las puede resumir mejor de como él mismo las presentó.

Ahora me daré la palabra para participar en la discusión. Porque es cierto que me complace que mi trabajo, escrito de hecho en lo esencial en 1963, haya suscitado tantas respuestas. Por supuesto, conozco qué parte tienen en esta ocasión ciertas vigorosas incitaciones, pero ahí están los hechos: un diálogo parece abrirse. Si insisto en agradecer a quienes quisieron o aún quieren o anunciaron ya que todavía tienen algo que decir, todos los que quisieron manifestar aquí su interés, es porque, al comprometerse de esta manera, permitieron que algo comenzara. Es evidente que si mi ensayo no hubiese sido apoyado por sus comentarios, muy pronto habría sido letra muerta, como tantos otros ejercicios. E igualmente sin duda, ciertas palabras de verdad, que hemos escuchado, habrían quedado en el secreto de un archivo, o en los limbos de la no formulación. Quiero igualmente, de hecho por las mismas razones, agradecer a todos los que manifestaron su interés por esta empresa sin por ello dejarse llevar en contra de su sentimiento, a participar aquí, ahora, enseguida, en este diálogo, porque ellos saben, a menudo, como analistas, que una palabra debe llegar a su tiempo. Comprenderán entonces, que yo no tenga ninguna intención de jugar aquí al conferencista que, con su respuesta, debe poner fin a la discusión y como se dice, cerrarla. Muy al contrario, si retomo la palabra antes de que otros la tomen, es con el fin de proseguir el diálogo aportándole, aquí, directamente, otra contribución, y sin duda porque, tengo ganas de decir, hay quienes podrán encontrar que con esto hago alusión, retomo o respondo, a lo que se dijo.

El otro día anuncié que hablaría sobre el cuerpo y sobre el significante; voy pues a dedicarme a ello. Hasta los menos clínicos de entre nosotros saben que preocuparse constantemente por un cierto dominio es un rasgo común de los neuróticos obsesivos. Pienso que a nadie le escapa que Philippe entra en esta categoría. Quisiera comenzar interrogando esta pasión por un cierto dominio. El gesto de las dos manos unidas como copa para beber, ilustra ejemplarmente lo que quiero subrayar aquí. Esa taza hecha con la palma de las manos, medio para beber, responde seguramente o acaso evoca con su vacío la plenitud del seno, pero para avanzar más rápido, diré que ese gesto me parece una manera de dominar la problemática conjunción de dos elementos. Lo problemático puede captarse en el hecho bastante conocido de que esta copa improvisada, hecha con las manos, se caracteriza en general por dejar escapar el agua por sus hendiduras. En ese gesto, el placer de Philippe parece haber consistido, más que en beber, en hacer un cucurucho casi impermeable, atrapar momentáneamente lo que se riega; hace de esto un dominio, que consagra bebiendo esta agua. En una palabra, me parece que ahí hay un mimo o un gesto ritual que representa o actualiza, con el cuerpo o con una parte del cuerpo, la pura materialidad del significante. Agregaré también algo que todos notan: que ese gesto suscita precisamente el símbolo en su sentido primero, es decir, el de esforzarse en hacer que se

mantengan juntos los elementos de lo que puede ser también el soporte de un llamado, hasta la escudilla de un mendigo.

Cuando hablo de la pura materialidad del significante, designo con ello la pareja opuesta de dos elementos. Sin duda, para constituir un significante acaso importe poco que sus elementos sean acústicos, gráficos o táctiles; lo esencial es que la articulación de esos dos rasgos (en extremo, pura materialidad totalmente desprovista de significación), lo esencial, digo, es que esta oposición sea connotación de la antinomia. Creo que es justo decir que el significante es pura connotación de la antinomia, y para apoyar ahora mismo la captación de lo que pueden ustedes intentar atrapar de esta fórmula, agregaré que esta antinomia es fundamentalmente, en nuestra experiencia, la antinomia constitutiva del sujeto. Antinomia o también, como dice Lacan, “heteronomía radical”; es la dimensión que nos impone necesariamente la vía freudiana y nuestra experiencia de analistas.

Por último, tendría que agregar aquí que el objeto, en el sentido lacaniano, *a*, es precisamente lo que escapa a la connotación significativa y, ciertamente, en su naturaleza, lo que escapa a la antinomia. En esta perspectiva, a saber, que el significante es una pura connotación de la antinomia, se entenderá mejor tal vez lo que quiero indicar al presentar el gesto de las dos manos reunidas en copa como un cierto intento de dominio (gesto ritual) de la naturaleza misma del significante. Entiéndase bien que si ahí no evoco enseguida lo imaginario y la muerte, campos preferidos por el obsesivo, es sólo porque, obligado por el tiempo, apunto más a la precisión lineal de este esbozo que a los visos de los juegos de sombras. Únicamente agrego que el otro gesto, el de las dos manos juntas en caracola para hacer resonar el llamado, me parece que puede inscribirse en la misma línea de un cierto intento de dominio, y ya volveré sobre ello a manera de conclusión.

El tiempo siguiente de mi interrogación concernía al término de dominio. ¿Cómo no evocar enseguida, sobre todo respecto a ese gesto, el movimiento de captación, captar con las manos? Pero, de hecho ¿qué pueden captar las manos? ¿Qué captación es posible ahí? Dejaré a otros la tarea de hablar del *Begriff*, del concepto, para sólo detenerme aquí un instante sobre el problema del cuerpo que se esfuerza por captar. ¿Pero qué? Pues bien, ¡justamente nada! O aún más exactamente: el objeto en su desnudez. Voy a intentar explicarme sumariamente. Baste para ello con recordarles la pura diferencia, o también, más modestamente, la pequeña diferencia que irreductiblemente volvemos a hallar, como pivote de nuestra experiencia de analistas, por supuesto, aunque también de vivientes, es decir, de deseantes. Esta pura diferencia nos interesa en grado sumo designarla primero a nivel del cuerpo, cuerpo del delito o cuerpo sensible como se dice, que es lo que subrayé con el término de diferencia exquisita. Aunque esta diferencia exquisita puede ilustrarse secundariamente, como lo fue en el caso de Philippe, con la irritación puntiforme y molesta del grano de arena que contrasta con lo unido, la nitidez de la piel, yo quisiera sin embargo dar al respecto un ejemplo más puro que recientemente tuve la ocasión de citar como término irreductible, tal como se lo puede hallar en los análisis que han sido llevados bastante lejos, a saber, la franja acidulada de un dulzor en su precisión de reminiscencia y en su indeterminación de recuerdo. ¿Creo que uso bien esas palabras?

Ahí se ubica, sin escapatoria posible, la necesidad del puro sentido, a saber, el gusto... de un puro sentido, en este caso, el gusto que subtiende ahí, conecta y realiza esta pura diferencia entre el dulzor y la franja ácida, acidulada. Para pasar de esta manera del campo de la dulzura al de lo acidulado, el gusto, vector del puro sentido, surgiendo de esta hiancia

misma del cuerpo, da, como en una excursión, la vuelta por el otro cuerpo antes de alcanzar la otra vertiente de la dehiscencia de donde había salido. Al principio basta con que ese otro cuerpo, que hace reflejarse el vector del sentido, no sea nada o casi nada: una bola de azúcar roja acidulada montada en una barrita, cereza, y que de hecho termina borrándose al fundirse. Nada o casi nada, y sin embargo, como pude comprobarlo el otro día, es por ejemplo el perfume tan pleno de un Williamine, un alcohol de pera, tan denso que antes de beberlo y de pasarlo por el gusto, sentía yo en mi lengua, con una precisión alucinatoria, los granos un tanto ásperos de esta especie de pera que se destila.

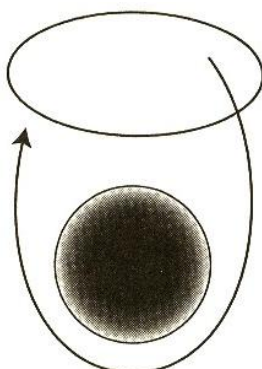


Fig. XIV-1

cereza en almíbar

Pero resulta (y por supuesto, distingo estas dos posibilidades artificialmente) que este otro cuerpo, a imagen del primero, sea también, posiblemente, lugar de una pura diferencia, y aparece entonces claramente por fin la dimensión del deseo. En otras palabras, si sustituimos la cereza en azúcar por la tetilla del seno, el puro sentido del gusto cerrará su excursión igual que si diese la vuelta entera por la madre, acercándose al mismo tiempo, o intentando acercarse a su boca, es decir, a su propia hiancia, una dehiscencia del cuerpo materno, en este caso la tetilla, para su orificio. Y simultáneamente el cuerpo materno (esto se representa fácilmente) da, por la vía, por el sentido del tacto al menos, aunque también, esperemos, por otras vías, por otros sentidos, sobre todo por la mirada, da la vuelta por el cuerpo hiante del hijo. Está claro, ya en esta figura, así lo creo yo por lo menos, partiendo de una diferencia exquisita, que al intentar captar el otro cuerpo en su inevitable hiancia, para remediar el suyo propio, el cuerpo se afirma como deseo, el cuerpo se afirma como deseo inextinguible.

A partir de este esbozo que podría figurarse fácilmente en el tablero con un doble bucle, les dejo imaginar los juegos posibles en la variedad de los sentidos, del uno al otro, y les dejo también precisar, para una justa clasificación de las neurosis, la trampas y los impasses posibles de todos los circuitos de los sentidos, de todos los sentidos. En esos juegos, la pura diferencia escapa por supuesto a toda captación, pero lo que mejor connota esta pura diferencia es el significativo tal como hace poco lo definimos: como pura connotación de la antinomia.

Es cierto que Philippe no lo entendía así en su neurosis, y si ya dije cómo intentaba mimar el significativo con el gesto casi ritual de las manos reunidas en copa, quisiera en ese punto subrayar un poco mejor hasta dónde también la fórmula jaculatoria “POOR (d) j’e-LI” parecía destinada a dominar el circuito del deseo, a riesgo de fijarlo como muerto. La vocalización de la fórmula secreta contiene en sí este apogeo en que se realiza la reversión. Y sobre todo, el movimiento del cuerpo que connota, es decir, la voltereta, desarrolla la

figura misma del bucle sin duda en torno a alguna nada de la fórmula misma, o más precisamente, en torno a otro cuerpo ausente.

Ese movimiento, cuyo mejor resumen es la secuencia *absolutamente nada-algo*, subraya la aparición, como al final de un truco de prestidigitación, de ese algo que estaría ahí, a la salida de este ejercicio de mimo del significante, y bien parece que en este caso, se haya producido con eso un resto excrementicio para un objeto^v. Aparece ahí como resto, como el punto en torno al cual se ha realizado el bucle, objeto presente e irrisorio cuya opacidad reemplaza el otro cuerpo ausente. Sostenido de esta manera por mi ejemplo y dejando deliberadamente de lado por hoy los fascinantes juegos del sentido de la mirada que sirven habitualmente para ilustrar los tiempos de la reflexión, de la reciprocidad o del señuelo, me atenderé a ese modo particular de intento de captación que es la voz.

Ante todo, me parece que la voz tiene el privilegio, en la medida en que ya no es simple grito o que aún lo es, de ser al principio captación, dominio en eco, del discurso que soporta la voz del otro. No hay *mamá* que no sea retomado en la voz del otro, y por esa razón la voz constituye una especie de modelo privilegiado de esa primera relación con el otro, después, porque la voz hace intervenir necesariamente otro órgano, a saber, la oreja, lo cual figura de cierta manera más singular el circuito del sentido, de boca a oreja^{vi}, como se dice; por último, porque la voz es, con todo, el vector privilegiado del significante, que por ese hecho se convierte, o es sobre todo, significante verbal. En la historia de Philippe, el llamado de sirena que se produce soplando en las manos en caracola, y ofrecido al eco del bosque, se presenta como imitación, redoblamiento, reproducción vacía del llamado de la voz. Pero también es, al estilo obsesivo, juego de dominio.

Hay que evocar aquí el sueño de la sierpe para decir algo más sobre la voz, el grito y el llamado. En ese sueño, Philippe escenifica a un joven cuya pierna acaba de caer en un hueco. Sin duda se ha herido con una sierpe, pero lo único que se ve es una raspadura en el talón. El muchacho grita muy fuerte. Es un aullido insólito, tanto grito de terror como llamado irresistible que lleva a Philippe a evocar ese grito de la tradición Zen y que sería capaz de resucitar a un muerto. El grito remite sobre todo a un recuerdo de pánico ruidoso. Philippe tiene ocho o nueve años, está de viaje con sus padres y se encuentra solo en el gran parque de un hotel. Algunos muchachos de mayor edad que juegan a los bandoleros, lo atacan. Presa del pánico, huye gritando, pero no cualquier cosa, grita muy fuerte, como llamando, nombres de muchachos, ¡Guy! ¡Nicolás! ¡Gilles! para engañar y hacerle creer a sus atacantes que él también hace parte de una banda numerosa. Hasta intenta no proferir nombres muy conocidos, Pierre, Paul o Jacques, el llamado debe dar la impresión de ser preciso y justamente recuerda haber invocado así a Serge. Para la época, Serge era o Lifar o Stavisky. El tema del llamado a Leclair fue, y es cierto que muchos de ustedes lo presintieron, un resorte importante de la cura, pero hoy ya no pretendo detenerme más en eso. Ese grito, ese llamado de socorro completa y aclara desde otra faceta el llamado del “Lili tengo sed” o la invocación de “POOR (d) j’e-LI”.

De “Lili tengo sed” quisiera únicamente subrayar una vez más el carácter ambiguo de modelo o de eco respecto a la otra frase, o fase, del circuito de la voz, a saber, “Philippe

^v ...un reste excrementiel à un objet. [un resto excrementicio **para** un objeto]

...un reste excrementiel, (a), un objet. [un resto excrementicio, *a*, un objeto]

...un reste excrementiel, un objet. [un resto excrementicio, un objeto]

^{vi} ...de bouche à oreille, “de boca en boca”, es la expresión en español.

tengo sed”, articulado por el relevo de Lili. Pero evidentemente es al nivel de la fórmula jaculatoria “POOR (d) j’e-LI” que quiero regresar para concluir. Ya mostré que en sí misma esta fórmula figuraba y hasta suscitaba ese movimiento de reversión necesario para comprender algo de la realidad de la pulsión y también, por supuesto, de la del deseo. Pero lo que quisiera acentuar otra vez aquí, es que esta fórmula constituye la manera como Philippe retoma la voz que lo llamaba por su nombre, y más literalmente aún, podría ser retomar la voz amorosa de su madre, que lo consiente al mismo tiempo que dice algo así como “mi tesoro”. Pero si en esta interpelación “mi tesoro” tenemos uno de los polos necesarios para el análisis de la fórmula, creo que desconoceríamos sin embargo lo esencial si no regresáramos a este límite de lo sagrado que podemos percibir en este encantamiento.

Lo sospechaban ustedes: Philippe es judío y el tema de la fórmula de encantamiento, tanto como el carácter casi sagrado del tesoro que representaba él para su madre, lo conduce a recordar algunos elementos rudimentarios de su formación religiosa. [...] del hebreo que aprendió a leer, no le queda nada o casi nada, salvo justamente esa oración esencial que se llama *Semá*. Le habían dicho desde muy pronto que era una oración que no había que olvidar jamás, pues convenía decirla en el momento de morir; es un viático, pero es también, en su recuerdo un tanto confuso, algo como una bendición. Concretamente, en su recuerdo, esas bendiciones, refunfuños incomprensibles, acompañados precisamente por la imposición de las manos sobre la cabeza (gesto paterno o sobre todo del abuelo) tienden sin embargo a confundirse en ese recuerdo con los temores maternos. Pero esta oración es también, es cierto, por una parte invocación a Dios, de quien no se puede decir el nombre, y también (y en su misma formulación) un llamado a aquel que debe decirla. He aquí el texto aproximado, o por lo menos su comienzo; esta fórmula, que hay que poder decir en el momento de morir: “Escucha Israel, el Eterno es nuestro Dios, el Eterno es Uno”^{vii}. Y ahí vemos que esta oración a Dios es también un llamado a aquel que la dice. En todo rigor (así lo pensaba Philippe) la articulación de la primera palabra *Semá*, que es como se llama la oración, podía bastar para servir de viático. Era aquí donde quería llegar: en últimas, ¿qué dice aquí la voz? La voz dice “Escucha”... Escucha... Y ahora como ante este envite, guardando silencio el hablante puede por fin, tal el analista al instalarse en su silla, marcar el tiempo del final o del comienzo diciendo: “Lo escucho”. Lo cual, a decir verdad, ya hicieron ustedes, y yo también.

Necesariamente, muchas intervenciones quedarán en veremos. Las hay escritas, no escritas y anunciadas. Digo “necesariamente en veremos” por hoy.

Señor X- No preparé texto para decir lo que pensé de la conferencia de Leclair porque quería escribirse, pero él da la oportunidad hoy de decírselo sin haberlo preparado y quisiera articular algo sobre “POOR (d) j’e-LI” y en particular, sobre lo que sucede a nivel de la respiración de quien se duerme y que empieza a escuchar su respiración sin saber ya muy bien si es su respiración o si se trata en cambio del eco de algo diferente. Y es en ese nivel que puede hallarse esa especie de ritmo extrañamente volcado en el lugar mismo de

^{vii} *Semá* Israel. Cfr. *Deuteronomio*, VI, 4. La traducción que propone Leclair es una de las dos traducciones más importantes de este versículo, que divergen en la mayor o menor importancia que se le otorga como afirmación de monoteísmo: “Escucha, Israel, Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh.” / “Escucha Israel: Yahveh es nuestro Dios, sólo Yahveh.” “Con ella comenzará la oración llamada *Semá* (“Escucha”), que sigue siendo una de las preferidas de la piedad judía.” Cfr. *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, S. A., Bilbao, nueva edición, 1975, p. 199 (ver nota al pie), [N. del T.].

esa respiración, y que es un tiempo de inspiración percibido, un tiempo de expiración igualmente percibido y que contiene en cierta forma esa especie de inversión. En cierta forma, esta especie de inversión no basta para explicar toda la fórmula, aún cuando sea percibida así, pero introduce de alguna manera, una posibilidad de fantasear sobre ese sonido de base y, a partir del momento en que le preguntamos a nuestros enfermos qué les emite esa especie de sistema de escucha dentro de sí mismos, se pueden hallar, muy a menudo, frases que tienen una enorme importancia para ellos y con las cuales juegan. Es cierto que después, muchos otros términos de todo tipo pueden venir con ése, y aquí estoy de acuerdo totalmente con sus interpretaciones sucesivas, con las cuales me siento muy cómodo, pero quiero decir con eso que, de cierta manera, hay una posibilidad para entrar en un camino muy profundo de la escucha del otro, a través de una sensibilización de éste a su propio ritmo respiratorio, lo cual de hecho es una manera de hacer pasar al nivel de la voz lo que articuló usted admirablemente.

Jacques Lacan- ¿Tiene a bien Israel tomar la palabra ahora? No había previsto, aunque intenté asegurarme llamándolo hace ocho días, no creía que Durand de Bousingen estuviera hoy aquí. Hace poco le pedí a Leclaire el texto que Durand de Bousingen me envió muy pronto, uno de los primeros sobre la intervención de Leclaire.

Serge Leclaire- Sí, justo antes de comenzar le pregunté a Durand de Bousingen si quería empezar tomando la palabra. Me dijo que, como no lo había revisado, prefería tener el tiempo de preparar una forma presentable y oral.

Jacques Lacan- Entonces usted puede estar aquí en el seminario cerrado del próximo mes. Un punto despejado. Israel nos dirá lo que nos trae hoy y yo concluiré dando una indicación de lectura que me parece imponerse.

Lucien Israël- Sufro de un molesto atavismo que hace que cuando uno de mis dioses me llama, respondo “heme aquí”, y, siempre por el mismo atavismo, actúo antes de pensar. Después de haber respondido “heme aquí”, desafortunadamente tuve más tiempo que Abraham antes de pasar al acto, lo cual hace que, en vez de sacrificar a uno de mis hijos (nunca se sabe si hallará uno a tiempo el cordero) sacrifico parte de mi texto para sólo interesarme estrictamente en el tema de “POOR (d) j’e-LI”, en esa palabra que llena la boca y que viene a tomar el lugar tal vez, no del deseo de beber sino del objeto del deseo... Pero bueno, todo eso ya se dijo.

[...] *Bedeutung*, y es por eso que esa palabra, que está hecha de piezas y pedazos, debería decir ese objeto en vez de esa palabra, a tal punto evoca los objetos surrealistas, y si fuera una palabra-valija^{viii}, me vería tentado a ir a ver el baúl sangriento, una valija que contiene cadáveres despedazados. Cadáveres, hasta pedazos de inmortales, pedazos de mi [...], y es ahí, en el fondo, donde me entrego a un jueguito que tal vez era lo único de lo que no se había hablado (no se puede saberlo todo), el pedazo de ese objeto surrealista evocado tiene otra forma de composición que, en materia de estudio tan lúdico, se llama el *no taikon*. El *no taikon* es el ensamblaje significativo de pedazos de nombres con los cuales se constituye un nuevo término.

Les voy a dar un ejemplo. En el fondo me siento con mucho ánimo para hablar del nombre

^{viii} *Mot-valise*, palabra compuesta por elementos no significantes de dos o varias palabras; por ejemplo, *motor car* y *hotel* dan *motel*, en inglés americano. Cfr. el diccionario *Le Petit Robert I.*[N. del T.]

propio, y del mío, pues se lo invocó [...]. Escribí mi nombre. Pero todos saben que ese nombre fue dado en mi país por Jacob ¿pero por qué? ¿Sencillamente para connotar o hacer que se recordara un combate [...]? Más bien se trataba de cerrar un período que era el período patriarcal, y eso fue lo que se resumió en ese nombre, es decir, que tenemos las iniciales de todos los patriarcas y de sus esposas (deben ser siete, si no me equivoqué) y también esta asociación metonímica que se vuelve metafórica por sus efectos, no podía corresponder a una especie de fantasma, pues es un fantasma que yo aprecio.

Por supuesto, si lo que acabo de decir está todavía demasiado infiltrado de imaginario personal, podría entregarse este objeto para una investigación cronológica; muchos otros lo han hecho y en ese “POOR (d) j’e-LI” se vería una serie de aberturas en cadena, abertura primero de los labios, de los dientes, luego de la lengua desprendiéndose del paladar, que nos conduciría a encontrar en el límite del objeto (que, como dice Leclair, hace parecer, aparecer concretamente algo allí donde nada había) en el límite hallaríamos tal vez, ni siquiera un sentido, sino una pura [...], es decir, un ritmo, claramente manifestado por ese sentimiento de enrollamiento y de despliegue de Philippe, ese distinguido sobresalto, esa diferencia exquisita que al final tal vez sólo sea percepción de la variación.

Último comentario. Después de haber escuchado a Stein, que tomó la palabra inmediatamente después de tu intervención, me había preguntado si el *rebus* que él evocó, o el sueño era utilizable en una sola lengua o en varias lenguas. Un *rebus* está escrito en una sola lengua, pasa lo mismo con ese objeto fantasmático que tú sacaste, me pregunté si en eso no habría un ejemplo de un término válido en toda lengua. Ese fantasma nos remitiría entonces a un período en que toda la tierra tenía una misma lengua y palabras semejantes (reconocen ustedes la referencia)^{ix} pero desconfiemos de esta aparente simplicidad porque no basta con leer el texto (una misma lengua y palabras semejantes), todavía hay que preguntarse qué palabras eran. Y el comentarista, en este caso Rachi^x, nos explica que esas palabras consistían en decir: “Dios no tenía derecho de escoger para él el mundo superior, subamos al cielo y hagámosle la guerra”. Todavía sería muy sencillo, hay otra explicación. Se dijeron: cada 1656 años el mundo sufre un cataclismo como el diluvio, hagamos pues una construcción para sostener el firmamento. Y eso es lo que acabo de hacer.

Jacques Lacan- [...] concluir [...] bastantes puntos particularmente válidos, puntos fecundos en cada una de las intervenciones. Hace poco subrayé algo que merece, en muy primer lugar, que se retenga como el eje de lo que Safouan aportó de entre los muy importantes cuestionamientos en todo lo que él desarrolló hoy. Desearía que la intervención de Safouan, tal vez, en razón de su volumen, adjunta a otra, sea puesta al alcance de los oyentes y que se pueda conseguir.

En la ponencia de Mannoni (de la cual sólo tuvimos su comienzo porque no podía hacer más), lo que nos dijo hacia el final sobre el síntoma me parece extremadamente importante. Paso lo que dijo Leclair porque sobre eso voy a terminar.

Sobre lo que aportó Israel hoy, lo que me parece de verdad importante es ese viejo fantasma, la lengua única, renovada y rejuvenecida por la manera como la plantea, cuyo asunto está efectivamente planteado desde *La interpretación de los sueños* por la experiencia analítica.

^{ix} Cfr. *Génesis*, XI, 1.

^x Rabbi Rachi (1040-1105), comentarista del *Talmud*, fundador de la escuela talmúdica (*Yeshive*) de Troyes.

Les dije que al dejarlos hoy les daría una indicación de lectura, y quisiera que en lo que sigue de la audición que me acordarán ustedes, quisiera que todos, todos los que están aquí hoy, y por lo tanto los que supuestamente se interesan de manera más próxima en lo que desarrollo ante ustedes, quisiera que tuvieran por primera urgencia leer ese libro de Michel Foucault que se llama *Nacimiento de la clínica*⁴³. Michel Foucault que para mí es uno de esos amigos lejanos con quien sé, por experiencia, que estoy en constante y muy cercana correspondencia, a pesar de que lo veo tan poco, en razón de nuestras ocupaciones recíprocas, a Michel Foucault, a quien vi ayer por la noche le planteé la pregunta, respecto a ese libro, de si él había sido informado por alguna vía (no es raro, hay mucha gente que escribe en nuestro campo) de la temática que desarrollé el año pasado en tono a la visión y la mirada. Me dijo que de ninguna manera.

Es tanto más notable cuanto que la obra de Michel Foucault (que resulta haber adoptado, que resulta, al comienzo, haberse en cierta forma infiltrado desde el primer tiempo de mi enseñanza en 1953) que la obra de Michel Foucault, sin otra coordenada desde entonces, que converge hacia esta teoría del objeto *a* que él ignora, hablando del nacimiento de la clínica, es muy exactamente lo que corresponde, al nivel de la medicina, con ese punto de interrogación que traje ante ustedes como íntimamente enredado al comienzo de mi discurso de este año, resulta corresponder exactamente con esta pregunta. Así como hay un momento, al comienzo del siglo XVII, en que nació la ciencia a secas, la nuestra, así mismo al nivel de la medicina se produjo, a comienzos del siglo XIX, esa mutación que hizo cambiar radicalmente de sentido el término de clínica. La manera como él resuelve ese problema es tan íntimamente coextensivo de todo lo que desarrollé ante ustedes sobre la función de la mirada, que sólo puedo ver allí tanto el estímulo, una comodidad, como la certidumbre de que ahí se trata justamente de lo que está a la orden del día para el pensamiento presente, de lo realizador, a diferentes niveles, autónomos, independientes y no obstante verdaderamente idénticos.

Esto podrán constatarlo al leer este libro, que para todos los médicos es de un interés en verdad original, y es así mismo un síntoma del estado actual de diversas profesiones que la medicina francesa, que es a la que se dirige, puesto que está escrito en francés, lo haya absoluta y totalmente ignorado. Michel Foucault me dijo anoche que la venta de ese libro, de ese ejemplar libro que no tiene equivalente alguno, ¡se eleva a 475 ejemplares! Espero que aquí haya suficientes personas para hacer rebotar esa cifra. Repito que todo lo que hay en ese libro es absolutamente virgen, nunca ha sido dicho, que es el único libro que conozca que en últimas le permite a los médicos situar exactamente esa especie de mundo y de producciones médicas que es el que corresponde a todo lo que se ha hecho antes de los inicios del siglo XX, y el acceso a esto está, salvo por este libro, absolutamente cerrado.

La operación que intentó plantear el principio de la exploración histórica en una obra, en un estilo como el que se indica en el trabajo de Lucien Febvre^{xi} por ejemplo, respecto al problema de la increencia en el siglo XVI⁴¹, ese programa, a veces nos vemos incitados a interrogarnos sobre la manera como conviene leer lo que se expresó en esa época sobre la increencia, y que es tan distinto de la manera como se plantea ese problema para nosotros, que únicamente por esta vía podemos comprender hasta qué punto los fenómenos de la increencia han sido tanto más radicales de lo que son para nosotros en esta época, a tal

^{xi} Lucien Febvre (1878-1956), historiador francés, uno de los creadores, junto con Marc Bloch de los Anales de historia económica y social.

punto más avanzados sobre ciertos puntos y también sobre otros, mucho más acá de lo que es nuestra posición; de esta restitución de las coordenadas que permite darle su sentido auténtico a lo que se produjo en esa época, tenemos ahí un ejemplo absolutamente extraordinario; ese algo que hace que la historia de la medicina sólo se hace al nivel de la pequeña historia, al nivel de Lenôtre, ¿no es cierto?

Esto es radical y absolutamente transformado por la obra de Michel Foucault, aún cuando ese aspecto de pequeña historia y anécdotas, fracciones de textos, elección de párrafos que sacan algo a la luz (en alguien tan buscador, tan físgón diría yo, como Michel Foucault) esté presente en la obra, aún cuando encontrarán allí mil alimentos, esto no adquiere su sentido y su importancia más que en razón de la línea profundamente directriz que lleva muy al extremo de una labor, al otro extremo de una labor de erudición articulada, el sentido de lo que hizo Michel Foucault que, en oposición al de Lenôtre, diría yo, no se ubica al nivel de la obra de Marx para comprender toda la historia anterior^{xii}.

A este respecto, extraeré de ese texto tan abundante que nos entregó hoy Serge Leclaire, extraeré ese punto en verdad notable que es aquel con el que se aproxima al término de sensorialidad en la génesis del objeto *a*. Ya lo verán, si saben leer atentamente ese libro y señalar sus pasajes más importantes, verán cómo esto podrá permitirles ubicar lo que aportó ahí Leclaire, al nivel de una cierta falla que es, en el libro, la que él designó como separando el pensamiento de Cabanis del de Pinel. O si quieren, más precisamente, ya que el de Pinel es ambiguo (es uno de los autores que Michel Foucault exploró más profundamente), lo que separa a Cabanis de Bichat.

Hoy no puedo desarrollar este punto. Me gustaría que cuando vuelva sobre esto, sea la base para su conocimiento profundo del texto de Michel Foucault, *Nacimiento de la clínica*, entonces, en P.U.F.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com

^{xii} ... “nos ubica al nivel de la obra de Marx para comprender la historia anterior.” En la transcripción de Jean Oury [N. del T. tomada de Michel Roussan].